La Última Cena es uno de los momentos más trascendentales en la historia de la humanidad. No solo marca el inicio de la Eucaristía, sacramento central de la fe católica, sino que también es el preludio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Pero, ¿qué día exacto tuvo lugar este evento sagrado? La respuesta no es tan simple como podría parecer, y explorarla nos sumerge en un viaje fascinante que combina historia, teología y espiritualidad.

El contexto histórico y bíblico

Para entender el día exacto de la Última Cena, debemos remontarnos al relato de los Evangelios. Los cuatro evangelistas —Mateo, Marcos, Lucas y Juan— nos ofrecen detalles que, a primera vista, parecen contradecirse. Sin embargo, al profundizar en ellos, encontramos una riqueza teológica que ilumina el misterio.

Según los Evangelios Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), la Última Cena fue una cena pascual. Es decir, tuvo lugar durante la celebración judía de la Pascua (Pésaj), que conmemora la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto. En aquel tiempo, la Pascua se celebraba el 14 de Nisán, según el calendario lunar judío. Jesús, como judío piadoso, habría seguido esta tradición.

Sin embargo, el Evangelio de Juan parece situar la Última Cena un día antes, el 13 de Nisán. En Juan 18:28, se menciona que los líderes judíos no entraron en el pretorio de Pilato para no contaminarse y poder comer la Pascua. Esto sugiere que, cuando Jesús fue crucificado, la Pascua aún no había comenzado.

¿Cómo reconciliamos estas aparentes diferencias? La clave está en entender que, en tiempos de Jesús, existían diferentes tradiciones sobre cuándo celebrar la Pascua. Algunos grupos judíos, como los esenios, seguían un calendario distinto al oficial. Es posible que Jesús y sus discípulos celebraran la Pascua según una de estas tradiciones alternativas, lo que explicaría la discrepancia con el relato de Juan.

El significado teológico de la fecha

Más allá de la discusión histórica, la fecha de la Última Cena tiene un profundo significado teológico. Jesús no solo celebraba la Pascua judía; la estaba transformando. En la Última Cena, instituyó la Nueva Alianza, prefigurada en la antigua. El pan y el vino, símbolos de la liberación de Egipto, se convirtieron en su Cuerpo y Sangre, ofrecidos para la salvación de la humanidad.

San Pablo lo expresa con claridad en 1 Corintios 5:7: «Cristo, nuestra Pascua, ha sido

inmolado». Jesús es el Cordero Pascual, cuya muerte nos libera del pecado y nos abre las puertas del cielo. Así, la Última Cena no es solo un evento histórico, sino un misterio que se actualiza en cada Eucaristía.

La Última Cena en el contexto actual

Hoy, más de dos mil años después, la Última Cena sigue siendo un punto central de la vida cristiana. Cada vez que celebramos la Misa, nos unimos a ese momento sagrado. Como dijo el Papa Benedicto XVI: «La Eucaristía es el memorial no solo de un hecho pasado, sino de una presencia viva».

En un mundo marcado por la división y la incertidumbre, la Última Cena nos recuerda que Jesús está con nosotros, alimentándonos con su amor y su gracia. Es un llamado a la unidad, como lo expresó Jesús en su oración sacerdotal: «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti» (Juan 17:21).

Una anécdota para reflexionar

Cuenta una antigua tradición que, después de la Resurrección, los apóstoles se reunían cada día para «partir el pan» (Hechos 2:42). En una ocasión, un joven llamado Marcos (el futuro evangelista) preguntó a Pedro: «Maestro, ¿por qué celebramos esto si Jesús ya no está aquí?». Pedro le respondió: «Hijo, Él está aquí, en el pan y en el vino, en cada uno de nosotros. La Última Cena no terminó; solo comenzó».

Esta anécdota nos invita a ver la Eucaristía no como un mero recuerdo, sino como una realidad viva. Jesús está presente en cada Misa, ofreciéndose por nosotros y alimentándonos para el camino.

Conclusión: Un misterio que nos une

Aunque no podemos determinar con precisión absoluta el día exacto de la Última Cena, lo que sí sabemos es que su significado trasciende el tiempo y el espacio. Es un misterio que nos une a Cristo, a la Iglesia y a toda la humanidad.

Hoy, te invito a acercarte a la Eucaristía con un corazón abierto. Deja que el amor de Jesús, manifestado en la Última Cena, transforme tu vida. Como dijo San Agustín: «Seamos lo que vemos, y recibamos lo que somos: el Cuerpo de Cristo».

Que este viaje por la historia y la teología de la Última Cena te inspire a profundizar en tu fe y

a vivir con gratitud el don de la Eucaristía. Porque, en definitiva, la Última Cena no es solo un evento del pasado; es un encuentro con el amor eterno de Dios.